

SUBLEVACIONES EN EL CIELO Y EN LA TIERRA¹

NOVELEMA

*Enrique González Rojo Arthur
y Ocaranza Artista plástico.*

2012

¹ Con la colaboración de Alicia Torres Ramírez



PRIMER CÍRCULO

LA SUBLEVACIÓN

**“Los buenos poetas
están del lado del diablo”
William Blake**

1

**El sol,
la luna,
un universo
en expansión de enigmas e interrogantes,
un etcétera de incógnitas
que se descubre a través del cuento de no acabar
del telescopio,
la palabra *infinito* que no puede
ni pujando y pujando hasta la desesperación
abarcarse a sí misma,
fueron reclusos**

**en el claustro de una noche oscura,
sin concesiones,
sin erratas de luciérnagas,
sostenida por centenares
de párpados cerrados
hasta sacarse sangre.**

**Al imprevisto oscurecimiento del ambiente,
con el concurso del aullido negro
de los lobos,
correspondió la deshilachada conciencia
del juglar,
como si de pronto se desvaneciesen,
inanes,
la inquietud,
la pregunta,
el misterio a mitad de la lengua.**

**El poeta vive el pesado sopor
de la benigna muerte
y, tras de hojear sueños y más sueños,
siente que algo
hace trizas la costumbre,
la noria de la rutina,
el pan nuestro de cada instante,
y corre a derramar sus pies por la escalera
y sacar de los sótanos,**

**rengo, demacrado,
el añejo delirio.**

**El sol se arroja
a la hoquedad del horizonte,
deja a sus espaldas,
como huella portentosa del suicidio,
el crepúsculo más inquietante
que registra la historia.**

**La noche pide posada en el huerto,
se arrebujá en sus cobijas oscuras
y se duerme en sus ojos cerrados
hasta el siguiente día.**

**En el jardín, un coro de élitros,
merodeando el fortísimo,
roía, presuroso, su partitura,
y guardaba su discípula fidelidad
al metrónomo insistente
del movimiento perpetuo.**



“la benigna muerte”

**Alguien hizo una seña
y la mudez se escondió
detrás de los atriles.**

**La sordina y su dedo en la boca
desconfió del silencio amarillo
de un canario;
un timbal de incontenible locura
desordenó los aires
y un trombón en la lejanía
aulló al cielo
sus tresillos.**



“Los ruidos, bautizados, convirtieron en música”

**El jolgorio encontró el juguete
de la progresión geométrica.
Los ruidos, bautizados,
convirtieron en música.**

**El estruendo sumergió
al barco de papel de un canturreo
que bogaba en el río.
Un vendaval a todo pulmón
deshojó el tararear de un árbol.
Y la batuta se quedó a la expectativa.**

**El huracán,
-leñador enloquecido
aún con hojas entre los dedos-
ahora llegó de puntitas,
alisándose la cabellera
y sacudiéndose el polvo.**

**“Te he estado buscando”
–dijo la lengua
en los registros graves
de lo sobrenatural.
Carraspeó enseguida
para dejar sus palabras impolutas,
desempolvadas,
con la buena dicción de quien goza
de indiscutible divinidad**



**“de quien goza de indiscutible
divinidad”**

**El portaliras captó la voz,
vio cruzar en el aire, veloces,
 las diferentes letras.
Despellejó su sentido,
olfateó las implicaciones
y saboreó cada una de las sílabas;
pero cómo descubrir
el origen del susurro
y en qué rendija de lo numinoso
se horadaban los muros de azabache.**

**“Ha tiempo
mi profesión es buscarte”
-añadió la voz
que, estentórea al inicio,
se adelgazó al final hasta el sollozo
que, exhalado,
dispersó los puntos suspensivos.**

**El vate no lograba descubrir
de dónde diablos emergía el rumor
o por qué lo invisible,
tomando de la mano a las palabras,
las había escondido
debajo de las piedras**

o detrás de los arbustos.

**Buscó por todas partes,
hurgando, los tímpanos en ristre,
el área ennegrecida.
“Mientras no halle el cuerpo,
la cabeza, la boca y la lengua
de donde mana el puñado de letras
que me golpea el rostro,
creeré que es otra de las alucinaciones
que amasan mi cerebro
y moldean las desatadas fantasías
de mi demencia” -se dijo.**

2

**Irrumpió poco a poco de entre la bruma,
con el sonido peculiar
con que brota de su envoltorio para regalo
la sorpresa,
la figura espigada,
grácil
y descolorida
de un individuo que,**



Ocaranza/16

si no irradiara luz por los poro de su cuerpo,
como un panal de luciérnagas,
se diría que era simplemente un hombre
de gestos nobles y sentimentales,
mohínes de antiquísimos abuelos,
frases pastoreadas por la discreción y la agudeza
y mirar inquietante de cazador furtivo.

“¿Quién eres?”. “¿A quién tengo frente a mí?”
–dijo el liróforo con un temblor de labios
proseguido en las letras.

Las preguntas tomaron de las solapas
a la entidad que, nueva Esfinge,
balbucía acertijos inviolables,
exigiendo una respuesta
que llegase a los suburbios del ahora.

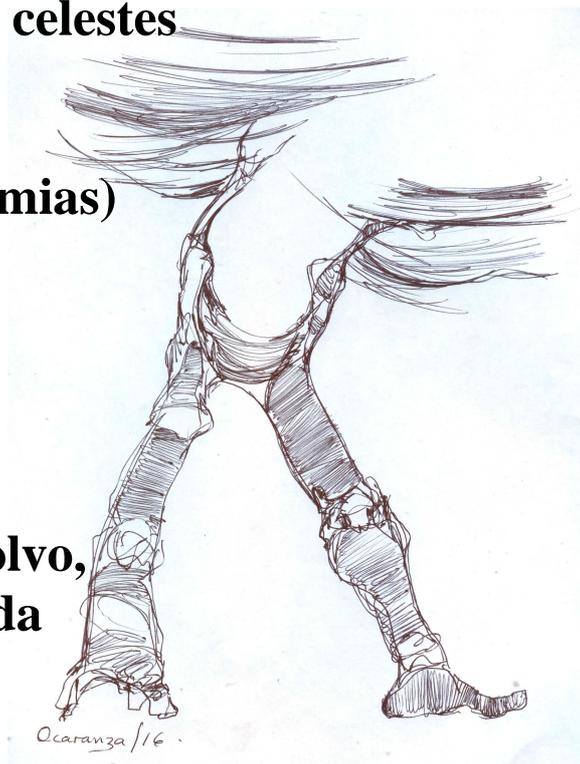
“Soy –habló la efigie-
uno de los miles y miles de demonios
que, volutas de azufre, pululan en los aires,
con los pies sumergidos en andar imposible
por la tierra movediza de su incertidumbre,
y las alas húmedas, enlodadas por sus vuelos
subterráneos,
o, si prefieres, del turbión de ángeles
venidos a menos, transcielados,

después de la desigual batalla
que nos arrojó al infierno de la derrota,
y tanto
que tienen la sensación
de vivir como un cero a la izquierda del oxígeno”.

“¿Quién dices ser? Insistió el poeta.
Y la voz,
rumiando dicciones impecables,
se situó en el preciso canal
de lo accesible. “Mi nombre es *Gregorius*
y soy uno de los muchos espíritus celestes
que fueron arrojados
desde el peñasco de la rebeldía
(con su plantío de infinitas blasfemias)
hasta el hambre muerta de amor
por el precipicio.

“Soy un mensajero.
No cargo alas en los pies
ni tengo la costumbre, como el polvo,
de ponerme la mochila a la espalda
y salir a coleccionar caminos,
pero, cómplice del viento,
sé acortar distancias
en el rápido de la línea recta.

“Vengo con un encargo,



“Mi nombres es Gregorius”

**una misión,
la búsqueda en el rebaño de lo múltiple
de un especial balido de lo singular.
Y encuentro en ti, poeta,
el cronista que busco,
una pluma que puede tomar al dictado
la más decisiva
historia de lo portentoso”.**

**Ante la estupefacción del juglar,
que no daba crédito a sus tímpanos
-a los que sentía drogados por su propia locura-
y se pellizcaba en la carne
la dudosa realidad de su existencia,
Gregorius,
deletreando el sentido de su aliento,
prosiguió:**

**“Así como el Prometeo de vuestra mitología,
sin importarle el costo que sus entrañas
habrían de pagar,
entregó a mujeres y hombres
el inapreciable don del fuego
y sus obras completas,
yo estoy aquí, cara a cara con tu asombro,
tu jauría de preguntas,
tu sentir a mi labio como el borde,
la rendija,**

la borrosa imagen de lo ignoto,
 para ofreceros,
 a los dejados de la mano de la providencia,
 el más grandioso presente:
 vengo a donarles
 los agónicos estertores del cielo,
 las entrañas
 del silencio infinito,
 el arcón de secretos del arcano”.



“La vera biografía del más allá”

3

Añadió “que buscaba
 una pluma de altos vuelos
 para hacer
La vera biografía del más allá:

**un cronista o un poeta,
alguien que supiera
de versos, tazas de café
y arremangar de brazos.
El portaliras supo entonces que él
-un poeta de tantos,
leído sólo por su familia-
fue seleccionado, sabe Dios la causa,
para ser el narrador
de la sublevación celeste,
la inmemorial batalla de los ángeles
y sus muchas y vastísimas
consecuencias”.**

**Sin abandonar perplejidades
y sintiendo que se le arremolinaban en la lengua
multitud de preguntas,
el poeta se asombra :
“¿Pero cómo puedo ser ese cronista,
si no he roto el cascarón de la ignorancia,
si me pierdo en el laberinto
de mi propio cerebro,
si soy un militante de la torpeza,
si tengo un postgrado en la miopía.
Si, carajo, no sé nada de nada?”.**

**El demonio apuntó que ninguna circunstancia,
ningún desperfecto en lo posible,**

era irremediable,
sin compostura a la mano:
algo que no se pudiera zurcir,
como la ropa hecha jirones
por los tijeretazos de lo inservible;
añadió que la palabra *fatal*,
a diferencia del ave fénix,
debe arrojarse al basurero
a formar parte de las inmundicias
que no podrán nunca reciclarse.
Dijo que su aparición
antes que nada se debía
a la imperiosa necesidad de pender
en la frente del cronista
un nido para el ave de Minerva.

“Subrayó que su aparición
-milagro humilde,
sencillo,
sin mayores pretensiones-
tenía por objeto develar a su interlocutor
los acaecimientos centrales
(ignorados en lo esencial
por los hombres y mujeres)
del otro mundo, el que está
a la vuelta del aire,
a unos cuantos cabeceos en la almohada:
y que incluye instantes necesitados de reflector,

acaecimientos que requieren
micrófonos con don de ubicuidad,
y todo para que al panida
le sea dable fungir como informante,
catalejo orientado hacia el allende,
guía por los oscuros derroteros
de un arcano que sólo se entrega
a cuentagotas y a regañadientes,
pantalla chica para reproducir,
con la música de fondo
del mayor bullicio registrado por la historia,
no sólo el diluvio de demonios tras la lucha,
sino el derrumbe de la porción de cielo
que les pertenecía.

Para entender lo sucedido
en las planicies de lo perenne,
Gregorius invitaba al poeta
a conocer los anales del más allá,
los documentos secretos de la perfección,
las fuentes primarias
del inenarrable cataclismo cósmico
que rubricara el caos,
en suma,
los entresijos de la metafísica
y los códices que recogían,
al pie de sus labios,
las exultantes palabras del Señor.

4

***Gregorius* inició su prédica
como si él, ángel o demonio,
fuera la mayúscula de ornato
del más asombroso de los libros,
donde, desde el preámbulo hasta el colofón,
la maravilla y la tragedia se ensartaban
en contienda feroz, como la de los atletas
que aluden al segundo lugar
como un despeñadero hacia la asfixia.**

**El cronista, grabadora en mano,
atención a todo volumen,
libreta escolar rayada,
incansable bolígrafo ambulante
de todos los virtuales senderos
de la página en blanco,
fue todo oídos.**

**El demonio asentó que él,
con su pronombre personal en armas
y la ira circulándole en las venas,
era uno de los ángeles rebeldes,
indignado de tiempo completo,
militante sin reposo**

contra las mentirosas catedrales
de la perfección;
ángel rebelde, con herejías a flor de boca
y la blasfemia de su puño
erguido hacia el firmamento
por el griterío del brazo.

“Doy comienzo a mi historia
-dijo- con la sublevación en los cielos,
conspiración fraguada
en las catacumbas de lo absoluto”.

“Los cielos. El mundo sobrenatural
que no posee en común con el otro
(el que está arriba,
haciendo y deshaciendo nubes,
y sirve de blanco
a las miradas antiaéreas)
sino el mismo nombre,
que confunde, en su caer
víctima de la ley de gravedad,
la física con la metafísica.

“Previo a esta insurrección,
a este agrietarse el cielo
y las almas de sus residentes,
los alados de diversas categorías
-desde los *serafines* del más alto nivel



“la deidad suprema”

hasta los ángeles plebeyos y andrajosos,
pasando por las *virtudes* y *querubines*-
vivían en santa paz. En santa.

Pero era una paz embustera y aparente,
un estandarte de blancura sucia,
un aire oxigenado por la calma
como la que se propaga por la noche
cuando reposan
a pierna suelta y a fusil dormido
dos ejércitos contrarios.

Es cierto que las ofensas se hallaban escondidas
en la resignación.

Pero algo se estaba incubando en la tierra nutricia de la
intolerancia.

En compañía de la deidad suprema
-que ocupaba todo el piso de la perfección-,
había legiones de criaturas celestiales
organizadas de manera tal que el tiempo de este Imperio
fue tan increíblemente largo
que el mal fisonomista
no podría dejar de confundirlo
con la eternidad.

“Este reino no fue desde siempre.

Un día abordó

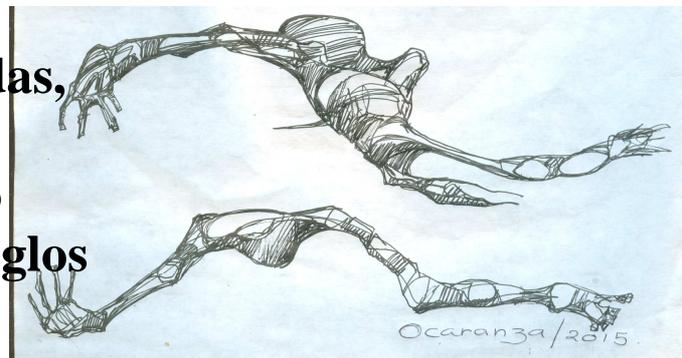
el “no sé de dónde vengo” de las 8.35,

para arribar, eras y eras después,

al “ignoro a dónde voy” de las 12 de la noche.

**No fue contemporáneo del cuento
de nunca acabar y de nunca empezar.
Ni jamás vio a la Nada
desde los ojos filiales y amorosos
de la criatura.
El cielo actual, llámalo secundario,
emergió de un cielo antiguo
del que poco sabemos
y cuya oscuridad pantanosa e irrespirable
asfixia hasta la pálida luz
de la conjetura.**

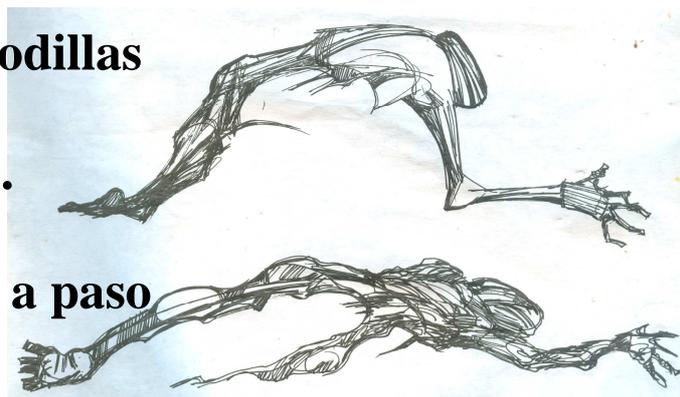
**“El paraíso de Miguel y otros arcángeles,
de Belial y Belcebú
y del montón de criaturas aladas,
miserables y pordioseras,
surgió de ese antiquísimo cielo
que transcurrió siglos y más siglos
a espaldas de la historia
y antes de nuestro tiempo.**



“Antes de nuestro tiempo”

**“Una vez instalado el cielo actual
y, con él, una tiranía que,
tras de pisotear uno tras otro
todos los relojes, comenzó a perpetuarse,
a desbocar sus pies en lo futuro,
se generó en el bajo cielo
un descontento máximo**

**-malestar sobre todo en las rodillas
del conformismo-
entre los ángeles menesterosos.**



**El furor nos fue ganando paso a paso
hasta que los más ofendidos
descubrieron, leyendo sus puños,
el sentido del vocablo justicia.**

“Entre los ángeles menesterosos”

**“Este malestar en la mayoría
de la población célica,
no sólo arrastró a la turbamulta de ángeles
comunes y corrientes o “ángeles de abajo”
(con las alas raídas por vientos contrapuestos
y olorosas a tierra mojada)
sino que alcanzó a la cúpula
de criaturas especiales
con diversas**

posturas

de lo sublime,

**e hizo que un ángel, Luzbel,
que, por su efervescencia de virtudes,
gozaba el grado de *querubín*,
más alto en jerarquía
que los mismos *arcángeles, tronos y dominaciones*
-que sólo saben de oídas
que existen los defectos-
se adhiriera al malestar**

**y acabara ¡bendito sea!
encabezando la rebelión.**

**“Los motivos del descontento
y de la zozobra que coagulaba
la sangre en el corazón,
no coinciden con los que repite
el poder de los de arriba hasta la saciedad
-ese loro burocrático
disfrazado de ave del paraíso-,
ni la tan nombrada soberbia de Lucifer
-la envidia que la más bella de las aves
siente por el cielo donde vuela-,
ni tampoco la democrática crueldad
de miles y miles de sus epígonos
[yo entre ellos],
sino que tuvieron como fondo
la atmósfera asfixiante en que vivíamos
y la pobreza extrema de nuestros corazones
con alas atrofiadas,
asfixia y pobreza que nos impulsaron a luchar
contra el despotismo
del que, con los garabatos que traza
su boca en el aire,
maneja el destino de todo lo que existe
incluida la nave de la mansión divina
que, sedienta de mar, tendrá en el naufragio
su buen puerto.**



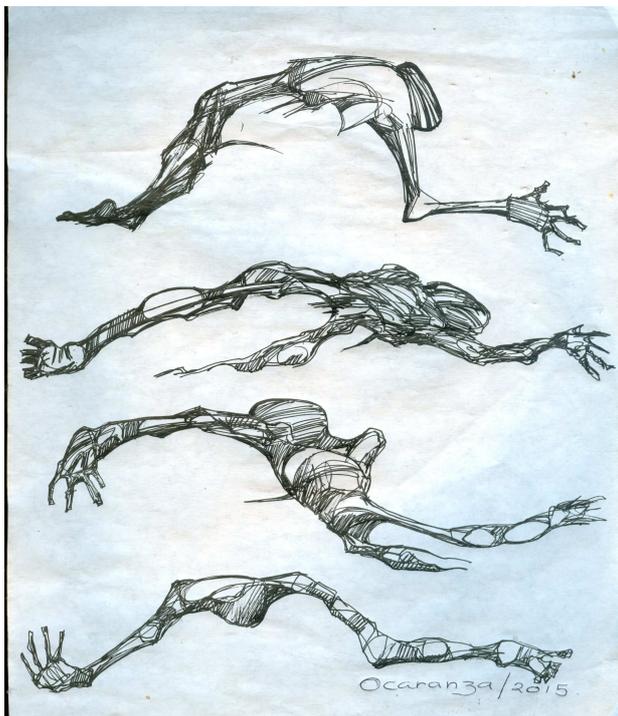
Conflagración de ángeles

**“Pero Luzbel y sus seguidores
 fueron víctimas de yerros imperdonables
 en estrategia militar:
 usaron espadas sin filo,
 cegatonas,
 inapetentes,
 rodela distraídas y sin nociones elementales
 del arte defensivo,
 cabalgaduras con las pezuñas desgastadas
 de trote senil
 y desdeñaron las saetas
 enmieladas por la buena puntería,
 las patrullas de discóbolos lanzadores de infortunios
 y hasta las virtudes catastróficas
 del fuego, el algebra del caos.
 ¡Pobres ángeles uncidos a la miopía**

**de su triste ingenuidad!
A resultas de ello
los pífanos de los arcángeles
acallan a codazos
la música de las esferas
y el ruidoso crujir del absoluto,
y ponen en su sitio la orgía de notas musicales
de su cantar victoria.**

**“El nuevo cielo que queríamos dar a luz
en los pesebres de la beatitud
abortó con inusitada rapidez
dejando manchas sanguinolentas
que escurrían por los astros,
porque los ángeles insurrectos
-llamados demonios,
diablos o demontres
por las malas lenguas y peores salivas-
tuvimos, entre otros,
errores imperdonables cuando
transformamos la escaramuza
-la melliza violenta de la tregua-
en batalla final:
arrojar enormes cargas de lanceros y espadachines
contra los puntos débiles e insignificantes
del enemigo
y, al contrario, poner tropas raquíticas,
cachorros incapaces, con dientes de leche,**

**expertos en ingenuidad
y músculos que producían coplas cortesananas
y no himnos de guerra,
a luchar contra el grueso de las huestes del Señor,
y más tarde,
masacrados sus ímpetus,
se fueron sumergiendo
en la tierra movediza y pantanosa
de su ineficacia,
salvando de la muerte,
sobre el sepulcro de su gloriosa pugna,
tan sólo el epitafio
de su rebeldía.**



“masacrados sus ímpetus”